

Los poetas acuden al rescate

(02/04/2026)

Quienes leemos periódicos, vemos y oímos noticias acaso pensemos en formas de defendernos ante esta realidad, demasiadas veces brutal y dolorosa, que nos muere constantemente como una víbora. Tal vez no lo sepamos o lo hayamos olvidado, pero siempre tenemos a mano una especie de botiquín de primeros auxilios, con poderosos sueros antiofídicos que neutralizan los venenos, en forma de líneas de poemas. Aquí algunas dosis.

«Qué alegría, vivir sintiéndose vivido», exclamaba Pedro Salinas. «En suma: que me quiten lo vivido», habría podido abundar Jorge Guillén. ¡La de cosas que sabía Rilke, cuando nos decía «debes cambiar tu vida»! Ungaretti contaba aquello de «mi corazón es el país más desgarrado» y, sin embargo, también dijo: «Me ilumino de inmenso». Mientras que Hölderlin nos invitaba a entregarnos, a rendirnos, ante esta tremenda verdad de la vida: «A nosotros nos es dado no descansar en lugar alguno».

Joseph Brodsky, con quien paseé y comí y bebí (y cómo) en Barcelona, decía: «Con mirarte percibo la barrera que de la nada aparte me mantiene». Y si uno se hace mayor, que se acuerde de Larkin, que rememora los encuentros amorosos «cuando nos encontramos por primera vez y el contacto reveló lo bien que sabíamos nuestros primeros pasos...».

Qué bueno es reconocer que no sabemos casi nada de nada, pero la poesía nos espera, agazapada, en las páginas silentes de nuestras bibliotecas, esperando a convertirse en nuestra memoria.

Eres padre y temes morir un día y te conjuras ante tu hija que acaba de nacer y Ausiàs March viene a tu memoria: «Yo temo la muerte por no serte ausente». Cuando un amor se termine, será Borges quien vendrá al rescate con triste consuelo: «Definitiva como un mármol, entristecerá tu ausencia otras tardes».

Te haces mayor y vives comprendiendo el cansancio de Machado en su «estos días azules y este sol de la infancia». Ha muerto alguien querido y acudes a Francisco Brines, desesperado, con cuatro líneas que son como un desfibrilador para quien sobrevive: «Un día no serás, y nunca / el mundo sabrá que pudo ser siempre más bello / con solo retenerte».

Para quien tema los domingos por la tarde, preámbulo del lunes, a la intemperie de la soledad, habrá que conjurarse y decir que esto de vivir es un baile entre lo elegíaco de Màrius Torres «y todo mi futuro está sembrado de sal» y las ganas de vivir y de grandeza que encuentran su razón en sí mismas, y aquí nos espera Cyrano de Bergerac: «¿Qué

decís, que la victoria quien la ansía no la alcanza?, si no hay de triunfo esperanza, hay esperanza de gloria».